EL ESTADO PROVIDENCIAL

P o r W A L T E R L I P P M A N N

(Concluye).

III

AQUELLOS que arguyen que la técnica industrial que avanza requiere una autoridad política creciente, probablemente han sido inducidos a error por ciertos fenómenos del industrialismo moderno. Ven, por ejemplo, que en algunas ramas de la producción unas cuantas empresas, o aún una sola, controlan la industria fijando precios y salarios. Entonces se dan a creer que esta concentración del poder industrial es resultado de la producción maquinista, que no se regula en un mercado de competencia, y que, por lo tanto, debe ser regulado por un gobierno muy fuerte.

Pero en este argumento la hipótesis básica es una falacia. La concentración del control no viene de la mecanización de la industria. Viene del Estado que hace cerca de cien años comenzó a conceder a cualquiera, por una cantidad nominal, lo que hasta ahora ha sido un verdadero privilegio especial. Fue el privilegio de la sociedad de responsabilidad limitada y sucesión perpetua. El Presidente Nicolás Murray Buttlar ha dicho de esta política de oportunidad "peso mis palabras cuando digo que a mi juicio la sociedad de responsabilidad limitada es el más grande descubrimiento simple de los tiempos modernos, ya se le juzgue por sus efectos sociales, éticos, industriales, y a la larga, después de que lo entendamos y sepamos cómo usarlos, políticos. Aún el vapor y la electricidad son menos importantes que la sociedad de responsabilidad limitada, y quedarían reducidos a una relativa impotencia sin ella".

Esto no es una exageración, porque sin los privilegios e inmunidades que la organización económica y la posesión de la propiedad adquieren al constituirse en sociedad el sistema industrial que conocemos, no se podría haber desarrollado y no podría existir. Es tan fundamentalmente cierto esto, que haríamos bien en seguir la sugestión de los señores Berls y Means y hablar, no del sistema capitalista, sino del sistema de sociedades. Si ese sistema presenta un alto grado de dominio concentrado, su causa no se encuentra en la técnica de la producción, sino en la ley. Para tomar ejemplos obvios, ¿qué tiene la tecnología de la

máquina que ver con la cadena de almacenes, o con la Sociedad del Acero en los Estados Unidos, o con la General Motors? Existe porque por un desarrollo especial y reciente de la ley, permite ésta a una sociedad de responsabilidad limitada ser dueña de otras sociedades de responsabilidad limitada. Puede haber una pequeña industria, una quizás basada en un proceso secreto o en una patente exclusiva en que el control se concentre sin el uso del privilegio e inmunidades del sistema de sociedad. Pero no será ni representativa, ni significativa. La concentración del control en la industria moderna no se provoca por el cambio técnico, sino que es una creación del Estado por medio de sus leyes. Esto es evidentemente cierto en los servicios públicos que tienen una concesión de monopolio. No es menos cierto de las demás industrias que se aproximan al monopolio. No debemos confundir el control monopolista con la producción en grande escala, que requiere la maquinaria costosa. Puede parecer grande la escala sobre la que deban organizarse las fábricas para hacer el más proficuo uso de los nuevos inventos y la maquinaria que ahorra trabajo manual. Pero nunca es prácticamente tan grande como la industria. En otras palabras, aunque las grandes fábricas pueden, hasta cierto punto, ser más proficuas que las pequeñas, ninguna fábrica necesita o puede ser lo bastante grande para abastecer a todo el mercado. La producción en masa no requiere monopolio. Cuando la Corporación del Acero amplía sus negocios, no amplía necesariamente su planta en Pittsburgh. Construye otra en algún otro lugar. Lo que mantiene unidas estas diversas plantas no es la técnica de la producción en masa, sino los artificios legales de la organización de las sociedades.

La creencia de que este gran capitalismo de la sociedad es en cierta forma misteriosa la consecuencia inexorable de la máquina, es una ilusión. Aún más, no es en absoluto cierto que el más alto desarrollo de la tecnología sea favorecido por este control concentrado de la sociedad. Es asunto sabido que más allá de cierto punto de magnitud creciente, se obtiene un resultado decreciente; que muchas de las más grandes compa-

ñías son demasiado grandes para ser bien administradas y que se vuelven rígidas y resistentes al cambio. Hay una sana razón para pensar que las leyes que fomentan el control concentrado, son desde el punto de vista del progreso tecnológico, reaccionarias, que retardan más bien que impulsan, y que las leyes industriales apropiadas para el genio de la tecnología moderna variarían en importantes aspectos de las leyes existentes. Tales leyes, casi seguramente, tratarían de desacreditar una producción más allá de los límites de la eficiencia técnica para desalentar el control concentrado contrario a la incentiva y al criterio de competencia, para prevenir la erección de estructuras de capital grandes y rígidas que hagan el cambio técnico ruinosamente costoso.

Los colectivistas que piensan que los negocios deben hacerse más y más grandes, hasta que sólo el Gobierno sea lo suficientemente grande para dominarlos, crearán dificultades sin objeto. No están interpretando el principio interno de la revolución industrial moderna. Les están adscribiendo a los técnicos resultados que han sido producidos por abogados y políticos. Están proponiendo como remedio para los malos resultados de los errores de los legisladores, medidas políticas que hace mucho tiempo tuvieron que ser abandonadas a fin de que los técnicos pudieran realizar su trabajo.

No hay duda alguna respecto a los males de la concentración de las sociedades comerciales, pero estos mismos males que los colectivistas aceptan, los santifican como necesarios y luego proponen multiplicarlos hasta el infinito, realizando una super-concentración en el Estado. No son males necesarios. La concentración tiene su origen en el privilegio y no en la tecnología. Tampoco la tecnología requiere una gran concentración, porque el progreso técnico, siendo experimental en esencia, requiere muchos ensayos y errores. Esto quiere decir que si la industria va a avanzar técnicamente debe ser flexible y no rígida; el cambio debe ser posible ya que no es demasiado costoso; los administradores deben tener libertad como la tienen los técnicos para cometer muchos errores a fin de llegar a un éxito.

Aquellos a quienes no les gusta programa semejante, que preferirían que la industria se estabilizara en la rutina, que fuera administrada por burócratas, tienen derecho a su preferencia. Pero no deben pretender ser los portavoces de la ciencia moderna que trata de hacer más efectivo el dominio del hombre sobre la naturaleza. Si lo que buscamos es una economía armonizada

con el genio del método científico, tendremos que ver con el más profundo escepticismo las pretensiones del movimiento colectivista. Tome el colectivismo la forma que tome, ya sean las grandes estructuras asociadas de empresas nacionales o el colectivismo nacional o los partidos del fascismo, del comunismo o del gradualismo, sus partidarios sostienen que están adaptando la organización de la industria al progreso de la tecnología. Contra tal pretensión hay una fuerte presunción. Porque estos grandes controles centralizados, que tienen que ser gobernados autoritativamente por funcionarios de sociedades o por funcionarios públicos, son, por su naturaleza, inadaptables a un sistema de producción que sólo puede aprovecharse de la nueva invención si es flexible, experimental, ajustable y de competencia. Los laboratorios en los que la técnica se desarrolla, no pueden producir su invento de acuerdo con un plan centralmente dirigido. No puede producirse, organizarse, ni administrarse el futuro de la tecnología, y es, por lo tanto, improbable en el más alto grado, que una economía elaboradamente organizada y altamente centralizada, pueda adaptarse con éxito al carácter intensamente dinámico de la nueva tecnología.

No es posible, por lo tanto, que "al avanzar la industria en mecanización deba desarrollarse una mayor carga de autoridad política fuera de lo que era necesario en el pasado". Hay, por el contrario, una fuerte presunción de que el movimiento colectivista es una tremenda reacción de los asuntos humanos que en la ruta principal por la que ha avanzado la sociedad occidental, está llevando a la humanidad hacia atrás y no hacia adelante. Los colectivistas generalizan una interpretación de una época histórica relativamente corta. Han confundido el fenómeno de la última fase del sistema de sociedades, con las consecuencias de una tecnología moderna. Han llegado a pensar que estos fenómenos están fatalmente determinados, cuando, de hecho, sin prever las consecuencias, los Estados del siglo XIX las permitieron y las provocaron. Esto se hizo, como tengo la esperanza de demostrar, porque los liberales demócratas que las crearon, tomando equivocadamente el privilegio de las sociedades por los derechos del hombre, las inmunidades de las personas artificiales por la inviolabilidad de las personas naturales, la posesión de los monopolios por propiedad privada, fracasaron para desarrollar sus propias intuiciones y sus propios doctrinas.

Porque han creído que el desarrollo del capitalismo concentrado de las sociedades, es el resul-

tado natural y necesario de la nueva tecnología, los colectivistas, sean grandes hombres de negocios o socialistas, han pasado del concepto liberal de la sociedad al autoritario. Si hubieran tomado un punto de vista más amplio, habrían objetado su premisa básica, recordando que las realizaciones científicas que ellos consideran ahora como obligando al establecimiento de la autoridad, llegaron a ser posibles sólo cuando la investigación científica se emancipó de la autoridad. Por agradables que sean sus promesas, habrían vacilado para revivir el Estado absoluto. Habrían recordado que, antes de que pudiera crearse la sociedad moderna, el Estado tuvo que ser sometido a un sistema constitucional. Habrían vuelto con lentitud a la compulsión como instrumento de "síntesis, coordinación y control racional", y como el específico para el poder de adquisición privado y la conducta antisocial. Habrían recordado la larga experiencia de la humanidad con la corrupción del poder personal. No habrían hablado tan fácilmente de la socialización y unificación de las naciones por orden de los gobiernos, si hubieran recordado que la ascendencia de los reyes nacionales sobre los barones locales, la unificación de los Estados nacionales hecha contra las tribus disidentes, fueron una reacción contra la molesta, exclusiva e íntimamente despótica autoridad. No habrían olvidado nunca que la tecnología moderna y la mayor abundancia que ha venido de la división del trabajo, vino después de que el hombre se emancipó de las elaboradas restricciones de las gildas y las políticas mercantilistas, de los terratenientes y del poder eclesiástico y dinástico.

Pero los profesores y los adalides a los que esta generación escucha han olvidado estas cosas. En los últimos 60 o 70 años se ha convertido en premisa fundamental del pensamiento y de la acción, que el progreso humano no se realizará a través de una emancipación mayor, sino por medio de un resurgimiento de la autoridad. El hecho puro y simple del problema es que, bajo el dominio de esta doctrina, el progreso se ha detenido gradual pero acumulativamente, hasta que el fin se presenta una regresión espectacular a estandars de vida más bajos y a un nivel de civilización de grado inferior. Aunque nunca ha sido el aparato del Gobierno más elaborado, la economía del mundo se ha ido desintegrando en fragmentos cada vez más pequeños. Aún en los Estados Unidos ha habido una notable tendencia a establecer dentro de la Economía Nacional, altamente protegida, toda clase de refugios regionales y barreras ocupacionales, por medio de los

cuales intereses especiales usan el poder político para obtener ventajas exclusivas. No es necesario hacer más que señalar la atomización de Europa, donde las tendencias separatistas no sólo entre los Estados, sino dentro de ellos mismos, son provocadas en todas partes por el ejercicio de la autoridad y difícilmente suprimidas por el ejercicio de más autoridad.

Pero debe notarse particularmente que la intensificación del Gobierno no sólo está agravando la desunión que trata de prevenir, sino que está deteniendo ese mismo avance de la ciencia que se da como razón para el Estado magnificado. En varias de las grandes naciones que pretenden ser la vanguardia del progreso humano, se ha abolido la investigación libre, que es la condición del descubrimiento científico, con el objeto de que el Gobierno pueda ser más efectivo. Así los candidatos intérpretes del mundo moderno, que han justificado el aumento de la autoridad con el objeto de cumplir la promesa de la ciencia, se encuentran frente al embarazoso hecho de que con objeto de aumentar la autoridad del Estado, se arruina a la ciencia.

IV

Los acontecimientos que estamos presenciando no nos permiten permanecer más tiempo ciegos ante la verdad de que nuestra generación ha entendido erróneamente la experiencia humana. Hemos renunciado a la sabiduría de los tiempos para aceptar los errores que los tiempos han desechado. El camino por el cual la humanidad ha avanzado en conocimiento, en el dominio de la naturaleza, en unidad y en seguridad personal, se tiende a través de la emancipación progresiva del yugo de la autoridad, del monopolio y del privilegio especial. Ha sido a través de la liberación de la energía humana como los hombres se han levantado por encima de la lucha primitiva por las necesidades rudimentarias de la existencia; ha sido por la remoción de limitaciones por lo que han podido adaptarse a la vida de las grandes sociedades; ha sido por la negación de apoyo oficial al privilegio por lo que los hombres se han levantado de la condición de esclavos, siervos y súbditos, a la de hombres libres, espiritualmente inviolables.

¿Y de qué otro modo, cuando nos detenemos a considerar el asunto, puede la raza humana avanzar si no por la emancipación de más y más individuos en los círculos cada vez más crecientes de la actividad? ¿Cómo pueden concebirse las nuevas ideas? ¿Cómo pueden formarse nue-

vas relaciones y nuevas costumbres? Sólo aumentando la libertad para pensar, para discutir, para debatir, para cometer errores, para aprender de esos errores, para explorar, y ocasionalmente descubrir, para ser aventurero y emprendedor. ¿Puede el cambio ser más que la rutina de un modelo recurrente? Si aquellos que por herencia, elección o por la fuerza obtienen el poder de gobernar no son los únicos que originan nuevas formas, se deduce que la energía del progreso se origina en la gran masa del pueblo, cuando los mejor dotados entre ellos, están libres de coacción y son estimulados por la relación recíproca, con otros individuos libres para pensar y para moverse.

Esta era la fe de los hombres que hicieron el mundo moderno. El Renacimiento, la Reforma, la Declaración de Derechos del Hombre, la Revolución Industrial, la Unificación Nacional, todas fueron concebidas y dirigidas por hombres que se consideraban emancipadores. Cada uno y todos estos movimientos tenían por objeto quebrantar la autoridad. Fue la energía que quedó suelta por esta emancipación progresiva la que inventó, forjó y puso al alcance de la humanidad todo lo que es bueno en la civilización moderna. Ningún gobierno planeó, ninguna autoridad política dirigió el progreso material de los últimos cuatro siglos o la creciente humanidad que lo ha acompañado. La estupenda liberación de las mentes y de los espíritus, y la conducta de los hombres promovieron el amplio cambio mundial de mercancías, servicios e ideas, y fue en este medio vigorizante y de confianza donde los pequeños principados se reunieron en grandes federaciones.

¿Qué razón hay, pues, para pensar que en la segunda mitad del siglo XIX el método ya ensayado del progreso humano intempestivamente se haga anticuado, y que de aquí en adelante sólo por más autoridad, y no por mayor emancipación, pueda avanzar la humanidad. El hecho evidente es que tan pronto como los adalides in-

telectuales del mundo moderno abandonaron el método de la libertad, el mundo se encaminó hacia una era de rivalidad nacional intensificada, que culminó en la Gran Guerra y una era de lucha doméstica intensificada arrasó a todas las naciones y redujo algunas a una situación de asesinatos, matanza, persecuciones y destrucción de bandas armadas, como no se han visto en el mundo occidental, por lo menos en dos siglos. Pertenece a una generación que ha perdido la ruta. Incapaz de desarrollar las grandes verdades que heredó de los emancipadores, ha vuelto a las herejías del absolutismo, de la autoridad y a la dominación de los hombres por los hombres contra las cuales el genio progresivo del mundo occidental, se convierte en una larga y creciente protesta. El espíritu del hombre ha sido desgarrado, y aquellos que, por sus más profundas simpatías parecían destinados a ser los portestandartes de la tradición civilizadora, se han vuelto unos contra los otros en una lucha fratricida.

¿Qué podría ser más trágicamente y más absurdamente confuso que esta elección? ¿Deberán los hombres renunciar a la esperanza de hacer del mundo un lugar mejor para sus hijos? ¿Deberán desconocer, por considerarlos anticuadas tonterías, los principios que sujetaban los gobiernos a la ley, los poderosos a la responsabilidad, y daban a los humildes legitimidad en sus derechos? ¿deberán olvidar la experiencia por la cual fue sujeta la violencia de las facciones civiles? ¿Deberán olvidar los sufrimientos de sus antepasados que murieron para que la tiranía terminara y los hombres fueran libres?

¿Es la elección de Satanás que ofrece vender a los hombres los reinos de este mundo, o sus almas inmortales? Y como siempre que se ha hecho esta oferta se descubrirá, después de mucho trabajo, que en esas condiciones ni aún los reinos del mundo pueden comprarse.

PAJARITA ENLUTADA

P o r A L F R E D O M A I L L E F E R T

1

HA muerto don Miguel de Unamuno. Sabio Poeta. Loco. Ya no se le verá como tantos años, por las mañanas a las 10 —el sol en una acera— y por las tardes a las 5 —el sol en la otra—,

pasar todos los días por su mismo camino, por las mismas calles, hacia la ilustre Universidad, donde tan bien se destacaba su figura —angulosa, recia— en los artísticos claustros, con el fondo áureo de los siglos.